

VEIGA, Francisco; GONZÁLEZ-VILLA, Carlos; FORTI, Steven; SASO, Alfredo; PROKOPLJEVIC, Jelena; y MOLÉS, Ramón, *Patriotas indignados. Sobre la nueva ultraderecha en la Posguerra Fría. Neofascismo, posfascismo y nazbols*, Alianza Editorial, Madrid, 2019, 471 pp.

En 2014 el primer ministro húngaro Viktor Orbán afirmó que trataba de conformar su país como una comunidad que, sin rechazar un principio fundamental del liberalismo como es la libertad, no convertía ese valor en el elemento central de la organización estatal. ¿Qué podía ser eso que impugnaba el punto de partida y soporte de la democracia liberal? Pues lo que se ha llamado «democracia iliberal» (sic), lo que hace la extrema derecha 2.0, la de nuestro tiempo.

Una obra tan colectiva que ni siquiera identifica la autoría de cada capítulo acomete la cuestión desde un par de argumentos fuerza: 1. lo que vivimos no es una versión actualizada de los fascismos del momento de entreguerras del siglo xx y 2. los aires que han colocado a la extrema derecha cerca del treinta por ciento de la representación parlamentaria en Bruselas viajan de Este a Oeste, no al revés. De hecho, los hitos temporales son 1991 (implosión de la URSS y del bloque soviético) y, luego, 2008 (Gran Depresión), unos años marcados por el final de la Posguerra Fría y por la Globalización y el Turbocapitalismo. Eso sí, tan irreplicable historia no puede esconder la continuidad histórica de realidades como el señuelo ultranacionalista (hoy soberanismo), el autoritarismo (con liderazgos carismáticos) y la confrontación abierta contra el Estado de derecho (en defensa alternativa del Pueblo). Tampoco su capacidad de extenderse a partir de burguesías nacionales (enfrentadas al demonio internacionalista: hoy la burocracia europea y el capitalismo financiero) y de las capas populares más castigadas (favorecidas por políticas sociales y, pretendidamente, por el apartamiento de aquellos más pobres que ellos, los inmigrantes). La historia no se repite, pero se le parece mucho.

Conforme a esa mirada, los diferentes capítulos del libro se articulan en tres bloques. En uno primero —el más coherente y que por sí mismo es ya un libro— se plantea cómo el marasmo soviético tras 1991 impactó con los años en el conjunto europeo asentando un nuevo posfascismo. En el segundo se analizan factores y expresiones de esa novedad en el escenario continental, sobre todo en el occidente de este. En el tercero se estira este segundo apartado tratando de hacer una síntesis tras dedicar gran atención al laboratorio italiano —emerge ahí el gran conocimiento de Steven Forti—, objetivo que solo se logra en el epílogo final.

Insisto en la solidez de la primera parte, que comienza sorprendiendo con un precedente ruso del fascismo en 1905 —las Centurias Negras y la Unión del Pueblo— que no pudo prosperar por la irrupción de la revolución soviética. Pero de esa arqueología política se pasa a una desconocida historia de supervivencia de argumentos ultraderechistas en el escenario comunista y de ahí a las respuestas

nacionales a la caída del Muro, abanderadas por los madrugadores húngaros y polacos. El ultranacionalismo ocupa el hueco dejado por el comunismo o enlaza con entidades opuestas a él (vg. cuadros del sindicato Solidaridad), de manera que acaban confluyendo esos sectores, a veces como rojipardos (o en su extremo nazbols, nazi-bolcheviques), otras como nueva ultraderecha o como *Alt Right* (Derecha Alternativa). A la vez, el impacto social del *big-bang* turbocapitalista vivido a partir de Rusia —frustración, resentimiento y derrota como renovada gasolina extremista— y el desarme y descontrol de los poderes centrales alimentan una necesidad que acaba satisfaciendo el estilo autoritario, expansionista y personal de Putin, capaz de sintetizar las diferencias anteriores de las extremas izquierda y derecha. Uno de sus peones, el empresario Konstantin Maloféyev, organizó en 2018 los actos de bicentenario ¡del Congreso de Viena!, al que acudieron estrafalarios como Sixto de Borbón. Tan surrealista celebración era otra pieza más del *soft power* ruso, combinado con la «guerra híbrida» mediante intervenciones tecnológicas a distancia, de Estados Unidos a Londres o Barcelona. Sorprendente y apasionante.

El libro es un magnífico análisis de «la otra cara» de la Guerra Fría y de la Posguerra Fría. La autoridad de un experto como Francisco Veiga es patente en todas sus páginas. Las que van de la 68 a la 88 constituyen un resumen excelente de las diferencias entre las crisis de la etapa 1948-68 y 1968-89 en el espacio oriental europeo, asunto de importancia crucial para el futuro. A la vez, se denuncia atinadamente el efecto de «calentar los huevos de la serpiente» que tuvo la intervención occidental: las estrategias del *big-bang* y del *shock* como respuesta a la crisis comunista y la ampliación de la OTAN hacia el Este (luego las «revoluciones de colores») provocaron un «juego de espejos» ruso que ha convivido con una defeción progresiva de clases medias decepcionadas con un liberal-capitalismo empobrecedor. En ese marco, la extrema derecha fagocita a la izquierda al mutar los valores de clase por los nacionales. Un proceso que en Occidente se vive en forma de desobediencia limitada a las autoridades europeas (vg. Grecia, Italia...).

La oportunidad cobró forma política con Aleksandr Dugin y su proyecto Eurasia. Un personaje que ha quedado empequeñecido bajo la caricatura del «Rasputín del zar Putin» (o como el Steve Bannon ruso), pero que es responsable de ese tránsito del posfascismo del Este al Oeste, incrementando la presencia de fuerzas ultraderechistas hasta hace nada irrelevantes a través de tres generaciones bien despiezadas en las páginas 111-115. La *estación termini* es Alain de Benoist, el intelectual que dio la vuelta al Mayo del 68 y sentó las bases del 68 inverso. Efectivamente, «*épater le bourgeois*» vuelve a ser el grito alternativo, pero ahora de la derecha radical contra lo políticamente correcto, contra «la moralización de la lucha por la justicia social» característica de la Nueva Izquierda y sus epígonos, a favor otra vez del «prohibido prohibir». No en vano, los hijos del Mayo francés son hoy el *establishment* al que enfrentarse.

Lo ideológico-político y lo geoestratégico se mezclan para explicar cómo las lecturas de la guerra fría no sirven para la posguerra fría. El expansionismo de Putin es coherente con su apoyo a la extrema derecha porque sus opuestos coinciden: el atlantismo y la Europa unida, los valores liberales y el control estratégico norteamericano. De otra parte, y en todas partes, el nacionalismo como remedio de los males de la globalización y la extrema derecha ultranacionalista como paraguas protector de quienes derrotados y olvidados por la izquierda clásica perdieron las seguridades del comunismo o del Estado de bienestar.

Sobrevuela el libro la preocupación catalana de sus autores. El capítulo de los «referéndum de combate» es claro al denunciar la democracia directa al servicio de los poderosos para fracturar sociedades e identificar enemigos (sean estas minorías o ciudadanías invisibilizadas). El «derecho a decidir» aparece como estrategia para imponer al Ejecutivo (del brazo del Pueblo) sobre el Legislativo, al «gentismo» sobre el Estado de derecho. En definitiva, proporciona el libro claves para leer el secesionismo catalán en contextos nacionales y sociales desdibujados por la globalización.

Mazower lo señaló en *Gobernar el mundo* (2018): la Internacional nacionalista de Mazzini se impone a la social de Marx. Martín Alonso, en *No tenemos sueños baratos. Una historia cultural de la crisis* (2015), fue más rotundo: las dos haches, Herder y Hayek, imponen sus lógicas de la desigualdad identitaria y socioeconómica (a la postre, de derechos de ciudadanía). No extraña, pues, que este posfascismo prospere.

*Antonio Rivera*